

Santiago, 17 de Marzo de 1976

Señor
Osvaldo Olguin
1er. Vice Presidente
del P.D.C.
Presente.-

Estimado Osvaldo:

He estado meditando serenamente en nuestra conversación de la semana pasada y, mientras más lo pienso, más me afirmo en la conclusión de que ha llegado la hora del relevo.

La tarea fundamental que nos propusimos: salvar la vida del Partido y preservar su unidad, ha sido hasta aquí cumplida con más éxito que el previsible hace dos años. Al cabo de treinta meses de dictadura, de "receso político" y de franca persecución, la Democracia Cristiana subsiste en cuerpo y alma, permanece fiel a sus principios y se configura, ante la conciencia de los chilenos y ante la faz del mundo, como la base de cualquier alternativa democrática. A través de todo Chile, cualesquiera que sean las fallas de organización, miles de camaradas siguen cultivando la fe en nuestros ideales comunes. Y a pesar del temor, de unas pocas deserciones y de algunas disidencias, el espíritu unitario ha prevalecido y hemos logrado proyectar una imagen de solidez.

Es también claro que con los documentos de fin de año, por su contenido y trascendencia, se ha iniciado para nosotros una nueva etapa: la de proyectar y construir la nueva democracia para Chile. Objetivo que nos impone numerosas y difíciles tareas: formar conciencia nacional sobre la magnitud del desastre a que se está conduciendo al país y sobre la necesidad de una salida democrática, despertar el espíritu cívico de los chilenos y su consiguiente reacción ante lo que ocurre, elaborar las líneas fundamentales de una nueva sociedad democrática para Chile, promover el más amplio consenso nacional (y democrático) como base de sustentación de ese proyecto y encontrar caminos viables y eficaces de transición hacia él. Todo lo cual exige una organización

eficiente, equipos muy disciplinados, formas de comunicación oportunas, adecuado respaldo externo y, sobre todo gran generosidad de alma de los que nos comprometamos en la tarea.]

Ahora bien: sin echar sombras sobre nadie ni desconocer ningún mérito, es innegable que lo hasta ahora logrado ha sido el fruto del esfuerzo de muy pocos que hemos contado con escasa cooperación y debido superar bastantes obstáculos surgidos en nuestro propio seno.

Por razones muy humanas y atendibles, la mayor parte de los antiguos dirigentes, entre ellos los parlamentarios y regidores, se han marginado de toda actividad o limitan la suya a ocasionales opiniones o comentarios.

Por otra parte, no pocos camaradas siguen vi- viendo en función de criterios que -real ó supuestamente- nos diferenciaron en el pasado. Ello los induce a mantener viva cierta especie de grupismo, ocasionando un clima de desconfianzas o recelos que obviamente dificulta el trabajo común. Y a veces parecen más preocupados del poder o influencia en el mañana que de ayudar en las tareas que tenemos por delante.

Hay también muchos que se revelan más proclives a la crítica que a la colaboración práctica, que reclaman del Partido o de la Directiva conductas cuyo contenido no concretan y que no se muestran dispuestos a compartir los riesgos y responsabilidades.

Otros gustan correr con colores propios, sea para imponer sus propios puntos de vista mediante hechos consumados al margen del debate interno, sea por cierto afán de singularizarse y hacer méritos para el futuro.

Todo esto resiente gravemente la eficacia del trabajo partidario, que exige de todos los demócrata cristianos, si queremos estar a la altura de nuestra misión, una disciplina y generosidad muy superiores a las que estamos viendo.

En lo personal, no puedo ocultar que la constatación de estas fallas me afecta muy hondamente. No me arredra la lucha con los adversarios, ni las amenazas, riesgos y peligros que

ella entraña. Pero la incomprensión de los propios camaradas, sus egoismos, suspicacias, afanes de poder y disensiones, me cortan las alas y me privan del oxígeno moral que me es indispensable para luchar con fé y coraje.

Dios es testigo -y creo que también lo son la mayoría de mis camaradas- del inmenso esfuerzo de paciencia, de tino, de humildad y abnegación que hemos puesto en el afán fundamental de aunar las voluntades de todos los demócratas cristianos. Aunque -sin falsa modestia- creo que a ese esfuerzo se debe en gran parte el éxito hasta aquí obtenido, tengo la penosa sensación de que él no ha sido ni es debidamente comprendido ni correspondido por muchos camaradas tan responsables del futuro de Chile y de la Democracia Cristiana como cada uno de nosotros.

Aunque no olvido la enseñanza del Abate Piérre cuando me recordó que el ejército con que Gedeón liberó a su pueblo no fué numeroso sino reducido, pienso que nuestra tarea no tendría sentido ni esperanza si no es compartida realmente por todos los verdaderos demócrata cristianos. Nadie que se sienta realmente demócrata cristiano, tiene derecho a cruzarse de brazos o limitarse a comentar mientras unos pocos trabajan, ni menos a interferir el trabajo común con acciones de franco tirador.

Meditando muchas veces en los últimos meses en los numerosos síntomas demostrativos de que estas verdades no son debidamente comprendidas y practicadas por muchos importantes demócrata cristianos, -síntomas que sufro como otras tantas puñaladas-, he llegado a temer que sea ello consecuencia de una incapacidad mía para lograr esa comprensión, esa disciplina y esa generosidad que estimo indispensables.

Ante esta realidad, cumplida ya una etapa y al comienzo de una nueva, creo lo más conveniente para el Partido que otro camarada se haga cargo en mi reemplazo de la dirección superior del Partido. Un camarada al cual se le otorgue la plena confianza, el pleno respaldo y la plena cooperación práctica que yo no he conseguido. Un camarada que no tenga el peso del desgaste que para mí han significado estos tres años y que logre sobreponerse a los prejuicios derivados -con justicia o sin ella- de sus posiciones anteriores.

Me refuerza en este predicamento una consideración que si bien es puramente personal, tiene consecuencias evidentes en la conducción partidaria. Es imposible que una sola persona, con la colaboración de muy pocos, afronte indefinidamente la tarea de ser el paño de lágrimas de todos los camaradas que llegan a la Directiva del Partido a contar sus padecimientos y pedir respaldo o ayuda. Si bien la verificación cotidiana de tanta injusticia, persecución y sufrimiento robustece la voluntad de lucha, la impotencia para solucionarlos o aliviarlos desgasta los nervios más templados y provoca una depresión que se va tornando enervante y que, a la larga, disminuye la capacidad y perjudica la eficacia.

Comprendo que en las actuales circunstancias la Presidencia del Partido es una carga de la que no es posible liberarse por una mera renuncia. Pero ninguna comunidad puede imponer indefinidamente a uno de sus miembros un sacrificio que no sea compartido. Las razones indicadas son más que suficientes para pedir a mis camaradas que me excusen de esa carga reemplazándome por otro que en las actuales circunstancias pueda desempeñarla mejor que yo.

Te ruego, en consecuencia, someter la presente a la consideración de la Mesa Directiva a fin de que se resuelva la manera de obtener, con el secreto que las circunstancias exigen y en el más breve lapso, el pronunciamiento del Plenario Nacional conforme al inc. 2º del art. 9 del Estatuto de Emergencia.

Innecesario me parece decir que, frente a las normas jurídicas que rigen el receso y a la necesidad de evitar imágenes públicas que pudieran perjudicar al Partido, este puede seguir disponiendo de mi nombre para todos los efectos que procedan y -sin perjuicio de ello- seguiré trabajando con toda mi capacidad al servicio de nuestra causa, entregando a quien asuma la dirección del Partido mi mayor colaboración.

Quiero, finalmente, expresar a todos y cada uno de los integrantes de la Mesa mis sinceros agradecimientos por la permanente, abnegada y valiosa cooperación que me han dispensado.

En la fraternidad democrata cristiana te saluda cordialmente tu amigo y camarada